

NOAM CHOMSKY

LA ERA OBAMA

y otros escritos sobre el imperio de la fuerza

Prólogo de
CHRIS HEDGES

Traducción de
LUIS NORIEGA

PASADO & PRESENTE

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

ÍNDICE

<i>Prólogo, Chris Hedges</i>	7
<i>Introducción, John Junkerman</i>	15
PRIMERA PARTE	
Entrevista a Noam Chomsky para el documental <i>Poder y terror</i>	21
SEGUNDA PARTE	
Estados Unidos: armas, derechos humanos y salud social	53
TERCERA PARTE: CHARLAS Y CONVERSACIONES	
«¿Por qué nos odian si somos tan buenos?»	91
Visitar Cisjordania con Azmi Bishara	95
Sesgo informativo y Palestina	103
¿Cómo debemos responder?	111
Estados Unidos en el mundo	121
CUARTA PARTE: LA ERA OBAMA	
Las elecciones estadounidenses e Irak	141
La política exterior de Estados Unidos en Oriente Próximo	175

Discurso para la Conferencia Nacional Contra la Guerra	203
EPÍLOGO	
Queda mucho por decir	219
<i>Índice alfabético</i>	233

PASADO & PRESENTE

INTRODUCCIÓN

Inmediatamente después de los ataques terroristas del 11 de septiembre, la vida de Noam Chomsky, que siempre ha tenido una agenda apretadísima, se hizo todavía más intensa. En los siguientes meses, pronunció muchísimas charlas y concedió incontables entrevistas, muchas de ellas a medios de comunicación extranjeros, que se dirigieron a él buscando a uno de los pocos intelectuales estadounidenses que se oponía a la agresiva respuesta militar por la que abogaba la administración Bush.

Con una convicción inagotable, Chomsky debió de haber repetido un millar de veces su argumento de que no podemos ocuparnos del terrorismo de los débiles contra los poderosos sin enfrentar también «el terrorismo, innumerable pero muchísimo más extremo, de los poderosos contra los débiles». Su argumentación, respaldada con una colección cada vez más amplia de estudios, documentos y análisis de casos históricos, cayó en oídos sordos en Washington y los medios de comunicación dominantes de Estados Unidos, pero halló eco en las grandes audiencias que tanto en su país como en el extranjero buscaron en Chomsky, una vez más, la voz de la razón y la consciencia que durante décadas ha sido.

La voz de Chomsky llegó también a Japón, donde yo vivo, a través de la traducción de su libro *11/09/2001* (que en japonés recibió el subtítulo «¡Estados Unidos no tiene autoridad para tomar represalias!»), una obra que se publicó a

toda prisa a finales de noviembre. Inspirados por el libro, un productor de una compañía japonesa independiente y yo empezamos a planear la realización de un documental sobre Chomsky y su punto de vista acerca del terrorismo y el poder de Estados Unidos.

Tuvimos un primer y rápido contacto con lo intensa que es la vida de Chomsky a comienzos de 2002, cuando lo abordamos a propósito del documental. Le interesaba trabajar con nosotros en la película, nos dijo, pero no tenía ningún espacio disponible en su agenda hasta mayo. Entre tanto, viajaría al Foro Social Mundial en Porto Alegre, Brasil; a Turquía, para testificar a favor de su editor en ese país; y a Colombia; en marzo, además, pasaría una semana en California. Éramos bienvenidos si queríamos acompañarlo y filmar esas y otras charlas que ofreciera.

Decidimos filmar en California, donde Chomsky había sido invitado a dictar dos conferencias sobre lingüística para un lectorado anual en la Universidad de Berkeley. Durante los cinco días que estuvo en la bahía de San Francisco, Chomsky atendió en su despacho en el campus y se reunió con estudiantes y profesores de lingüística de la zona; en su «tiempo libre», pronunció cinco charlas políticas sobre diversos temas (tres de las cuales filmamos) para una audiencia total de más de cinco mil personas.

Cuando llegó el viernes, el último día de la gira, la voz se le quebraba y estaba agotado. Sin embargo, al empezar a hablar a una multitud absorta compuesta por un millar de personas en el salón de baile de un hotel de Palo Alto, volvió a ponerse en marcha. A medida que la noche avanzaba fue ganando ímpetu, desde una larga charla acerca de la amenaza que suponía poner misiles en el espacio hasta la sesión de preguntas y respuestas, que en realidad eran pequeñas charlas, en ocasiones de hasta diez minutos de duración, para atender las inquietudes planteadas por los asistentes.

Después de la charla, Chomsky pasó otros cuarenta y cinco minutos respondiendo pacientemente a las preguntas de un grupo de veinticinco personas que permanecían en la sala. En determinado momento, los dedos se le encalabronaron de tanto firmar autógrafos: «Ya ni siquiera puedo escribir», dijo riéndose. Chomsky, el hombre, quizás sea incansable, pero no está hecho de acero. Con todo, siguió hablando mientras abandonaba el recinto, esta vez con un amigo al que le contaba cuán estimulante había sido su reciente viaje al Kurdistán turco.

Al seguir a Chomsky durante esos días, lo primero que me impresionó fue su gran humildad y generosidad. Él no se ve a sí mismo como el vehículo del cambio social sino, quizás, como alguien que posibilita ese cambio al proporcionar a su público la información y el análisis que son el fruto de sus investigaciones. Chomsky subraya con insistencia que existen opciones y que la decisión es nuestra: cada individuo tiene el deber de actuar de acuerdo con principios morales y obligar a quienes están en el poder a hacer lo mismo.

La otra cualidad que me impresionó de Chomsky fue su optimismo. A pesar de que su examen de los abusos de poder de Estados Unidos es con frecuencia angustioso, Chomsky es un hombre vital, con una actitud esperanzadora. La mayoría de sus discursos terminan reseñando lo mucho que el activismo popular ha conseguido a lo largo de las décadas pasadas y señalando en qué medida el cambio social sigue estando a nuestro alcance.

El filósofo y activista japonés Tsurumi Shunsuke, traductor de Chomsky, atribuye este optimismo a la perspectiva histórica amplia que le han proporcionado a Chomsky sus estudios lingüísticos. «En el contexto de esa larga historia, este año y el próximo parecen poca cosa. Vivir en el presente, teniendo fe en el trabajo incesante de la actividad humana a lo largo del tiempo: ese es el origen de la actitud alentadora de Chomsky.»

La obra de Chomsky nos plantea una pregunta (y un reto) a cada uno: ¿hay razones para ser optimistas en esta era de bombas inteligentes y gobiernos patrioterros? La respuesta, como Chomsky acostumbra decir, depende en gran medida de lo que personas como usted y como yo decidamos hacer.

JOHN JUNKERMAN

Tokio

PASADO & PRESENTE

PRIMERA PARTE

PASADO & PRESENTE

ENTREVISTA A NOAM CHOMSKY
PARA EL DOCUMENTAL *PODER Y TERROR*

Esta entrevista, realizada por John Junkerman, tuvo lugar en el despacho de Chomsky en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, Cambridge, el 21 de mayo de 2002.

PREGUNTA: *¿Dónde se encontraba ese día [el 11 de septiembre de 2001]? ¿Cómo se enteró de lo que estaba ocurriendo?*

CHOMSKY: Me lo dijo un trabajador, un hombre al que conozco y que trabaja por esta zona. Pasaba por casualidad y me dijo lo que acababa de ver en televisión. Eso fue lo primero que oí.

¿Cuál fue su reacción inicial?

Encendí la radio para averiguar qué era lo que estaba pasando y entonces, obviamente, entendí que era una atrocidad horrible. Pero reaccioné de forma muy similar a como reaccionó la gente en muchas partes del mundo. Una atrocidad terrible, sí, pero a menos que viviera usted en Europa o Estados Unidos o Japón, supongo, no era ninguna novedad. Esa es la forma en que las potencias imperiales han tratado al resto del mundo durante centenares de años. El 11 de septiembre fue un acontecimiento histórico, pero por desgracia no por la magnitud o la naturaleza de la atrocidad, sino por la identidad de las víctimas.

Si examina la historia de los siglos pasados, verá que los países imperialistas básicamente siempre han salido indemnes. Las atrocidades eran abundantes, pero estas ocurrían en otro lugar. Como las atrocidades cometidas por Japón en China: hasta donde sé, los chinos no llevaron a cabo ataques terroristas en Tokio. Las atrocidades siempre ocurrían en otro lugar. Y así había sido durante centenares de años. Ese es el primer cambio.

Y no es tan sorprendente. Esto es algo sobre lo que he hablado y escrito antes, y en la literatura especializada está por todos lados. Es un hecho sabido, y bastante obvio, que con la tecnología actual un grupo pequeño puede llevar a cabo atrocidades espantosas sin necesidad de equipos demasiado sofisticados. El ataque con gas sarín en el metro de Tokio es un ejemplo de ello.¹

Esto es de dominio público entre quienes prestan algo de atención a lo que ocurre en el mundo, y lo es desde hace años. En las revistas especializadas, publicadas aquí en Estados Unidos, encontrará artículos muy anteriores al 11 de septiembre en los que se señala que no sería tan difícil causar una explosión nuclear en Nueva York. Existen montones de armas nucleares circulando sin control por el mundo, decenas de miles de armas y componentes, por desgracia. Y la información sobre cómo ensamblarlos para crear una pequeña «bomba sucia» (o lo que hoy llaman una bomba pequeña, pues en la actualidad incluso la bomba lanzada sobre Hiroshima sería «pequeña») está disponible para todo el que quiera acceder a ella. Pero una bomba como la de Hiroshima en una habitación de un hotel de Nueva York no es ningún juego.

Ahora bien, que algo así ocurriera no sería tan difícil. Quiero decir, incluso con una capacidad muy limitada, una

1. En marzo de 1995, miembros de la secta japonesa Aum Shinrikyo (Verdad Suprema) liberaron gas sarín en distintas líneas del metro de Tokio. El ataque causó la muerte de doce personas y miles más resultaron heridas.

persona podría pasar los componentes por la frontera con Canadá, que es una frontera desprotegida e imposible de vigilar. Estas son cosas que tienen una alta probabilidad de ocurrir en la actualidad, a menos que enfrentemos los problemas con sensatez. Y lo sensato es intentar averiguar cuál es su origen.

Escandalizarnos no sirve para nada. Si de verdad queremos impedir nuevas atrocidades, tenemos que intentar averiguar cuáles son sus raíces. Y casi todos los crímenes, un delito callejero, una guerra, el que sea, esconden detrás una cuestión de legitimidad, y es necesario considerar ese aspecto. Y eso, de nuevo, es válido ya se trate de delitos callejeros o de crímenes de guerra o de una potencia agresora.

Algunas personas oyen su análisis de este problema y le acusan de hacer apología del terrorismo. ¿Cuál es su respuesta a esas acusaciones?

Que mi análisis es todo lo contrario. No hago apología del terrorismo. Es solo una cuestión de cordura. Si te tiene sin cuidado que haya nuevos ataques terroristas, muy bien, no prestemos atención a las razones. Pero si te interesa prevenirlos, entonces, es obvio que tienes que preocuparte por las razones. Y prestar atención a las razones no es en absoluto hacer apología del terrorismo.

El funcionamiento de esa crítica es muy interesante. Por ejemplo, si alguien como yo cita las que según el *Wall Street Journal* son las razones subyacentes del origen de grupos como el de bin Laden, se me acusará de hacer apología del terrorismo, pero no, por supuesto, al *Wall Street Journal*, que es el diario que estoy citando. Eso demuestra qué es lo que está en juego. Lo que les preocupa es que se critique la política de Estados Unidos.

Independientemente de que el material provenga del *Wall Street Journal*, o de que esté citando documentos gubernamen-

tales desclasificados de hace cuarenta años en los que se discute este mismo problema, quien hace apología del terrorismo soy yo, no el Consejo de Seguridad Nacional o el *Wall Street Journal*. Y eso se debe a que lo que se ve como una amenaza es la negativa a conformarse y la desobediencia. Pero interpretar como apología del terrorismo un esfuerzo por explicarlo es sencillamente infantil, sin importar de qué crimen se trate.

Mencionó usted la bomba de Hiroshima. Recientemente hemos oído (en Japón no recibe ese nombre) que el lugar del ataque en el World Trade Center se conoce como «zona cero».

Así es.

Para los japoneses, que tienen la experiencia de las bombas atómicas lanzadas sobre Nagasaki e Hiroshima, oír la expresión «zona cero» suscita sentimientos muy complejos. Me preguntaba si ha pensado algo al respecto.

Lo interesante es que aquí prácticamente nadie ha reparado en ello. Puede comprobarlo. Quiero decir: nunca he visto un comentario sobre el tema en la prensa o en cualquier otro medio de comunicación masiva que señale ese hecho. Se trata de algo que sencillamente no está en la consciencia colectiva.

Pero la expresión...

El origen es ese, sin duda. No hay discusión al respecto. Yo la encontré chocante desde el principio.

Es por ello que para la gente resulta evocadora.

Entiendo a qué se refiere, pero no significa lo mismo aquí. En realidad, el problema es el mismo del que hablábamos antes.

Las atrocidades que cometes en otra parte no existen. Y esa ignorancia puede prolongarse durante centenares de años. Tomemos el caso de Estados Unidos, por ejemplo. ¿Por qué estoy sentado aquí? Bueno, estoy sentado aquí porque algunos fanáticos religiosos fundamentalistas oriundos de Inglaterra llegaron a este lugar y empezaron a exterminar a la población nativa, y luego muchos otros siguieron su ejemplo y exterminaron al resto de la población nativa. Y no fue una operación a pequeña escala; estamos hablando de millones de personas.

La gente de la época sabía qué era lo que estaba haciendo, pero en ningún momento se cuestionó al respecto. Han pasado centenares de años, y el exterminio de la población nativa sigue sin formar parte de la conciencia colectiva. De hecho, algo sorprendente del activismo de la década de 1960, y el despertar que trajo consigo, es que logró cambiar de forma sustancial esta situación por primera vez en la historia de Estados Unidos. Después de trescientos años, el exterminio de la población nativa se convirtió en algo sobre lo que la gente empezó a pensar.

Cuando yo era niño, jugábamos a los indios y los vaqueros. Nosotros éramos los vaqueros y matábamos a los indios. Nunca le dimos muchas vueltas. La experiencia de mis hijos, en cambio, fue muy distinta.